

rales). La importancia de la migración queda indicada en cuanto el nomadismo condiciona o limita las estructuras sociales que pueden aparecer en un grupo, en cuanto las migraciones de grupos fundamentalmente sedentarios determina cambios en los procesos sociales y en la personalidad de los individuos, determina la desintegración frecuente de las comunidades de origen, sujeta a presiones diferenciales a la comunidad receptora, implica la necesidad de asimilación de los recién llegados, etc.

La selectividad de la migración se manifiesta en diferentes aspectos pero, principalmente en cuanto a la edad, ya que puede afirmarse con Dorothy Thomas que "Frente a la población general o no migratoria, los migrantes presentan un exceso de adolescentes o de adultos jóvenes sobre todo entre quienes se dirigen de las zonas rurales a las ciudades"; en cuanto al sexo, ya que "en la mayor parte de las migraciones de corto recorrido, el número de mujeres es superior al de hombres, mientras que en las migraciones a larga distancia, los hombres constituyen mayoría" mientras que por otra parte, las mujeres predominan en las primeras fases de la migración rur-urbana y los hombres probablemente predominen en el traslado laboral de una a otra hacienda en cuanto faltan brazos femeninos. Con respecto a la selectividad física e intelectual de los migrantes, T. Lynn Smith, con una gran discreción señala el carácter de preconceptos que tienen ciertas generalizaciones acerca de si son los mejores o los peor dotados los que migran o los que permanecen, señalando diversas opiniones así como el argumento según el cual no puede juzgarse adecuadamente y sin perjuicio de esas diferencias puesto que son diversas las condiciones sanitarias, educati-

vas, etc., del medio de origen y del medio receptor.

En suma, estamos frente a una introducción de mano maestra que pone a quien se inicia en los estudios demográficos, antropogeográficos o sociales en capacidad de contemplar los panoramas que se brindarán a una más detenida y lata consideración, estudio e investigación.

DIEGUES JUNIOR, MANUEL: *Etnias e Culturas no Brasil*. Ministerio de Educação e Cultura. Serviço de Documentação. Departamento de Imprensa Nacional. Rio de Janeiro. Brasil, 1956, pp. 120.

Hace pocos años, tuvimos oportunidad de comentar la primera edición de esta obra que en esta segunda aparición se amplía y mejora. Señalábamos entonces como cualidades suyas que se prestaban mutua relevancia, la brevedad y la densidad de contenido, características que, no obstante las modificaciones, se conservan en la presente edición. Mostrábamos indicativamente en aquella ocasión la forma en que Diegues delineaba en 75 páginas el panorama de las relaciones raciales en el Brasil desde los tiempos de Vaz de Caminha y Alvarez Cabral a la época actual; relaciones entre portugueses —que muestran opimas cualidades adaptativas— y grupos indígenas —belicosos— que se significan por el carácter más colonizador que conquistador del portugués y que hacen de Brasil región latifundista, monocultivadora y esclavista cuyo lugar geométrico es la *fazenda*, aunque aparezcan diversas determinaciones tópicas (ingenios litorales, corrales nordestinos, núcleos agro-extractivos amazónicos, vetas del centro interior, estancias gauchas

del sur); época en que se dan las primeras influencias negras, múltiples como múltiples fueron los aportes indígenas y lusitanos por no ser ninguno de estos tres grupos homogéneo étnica ni culturalmente.

Seguíamos, en esa ocasión, la enumeración de contribuciones indígenas (procedimientos de caza, pesca, instrumentos musicales, prácticas mágicas, actividades recreativas, palabras), portuguesas (organización social, religión, lengua, arte, *ethos*, procedimientos de construcción y disposición de poblados) y negras (en la organización económica, prácticas religiosas, danzas y vocablos), e indicábamos la forma en que el autor mostraba las facilidades o dificultades interpuestas a la adopción, sincretismo o rechazo de ciertos elementos; más tarde, llamábamos la atención del lector hacia el estudio hecho por Diegues de las ulteriores relaciones étnicas y aportes culturales (movimientos de población por la exploración aurífera e inmigración de italianos, alemanes y japoneses, inmigración caracterizada por el trabajo familiar, la capacidad de ascenso económico y social y la reacción en contra del monocultivo) y, al referirnos a lo más próximo a nosotros en el tiempo, subrayábamos su modo de caracterizar a los italianos como respetuosos de la organización social, económica y política del país y a los alemanes por su mayor aislamiento y sus menores índices de transculturación. Nuestra nota concluía con palabras como éstas: "el libro finaliza con un capítulo en el que las diversas influencias se integran en la unidad constituida por el panorama humano y cultural del Brasil actual", y es precisamente a esta parte del trabajo a la que en esa ocasión aludimos tan sumariamente con tales palabras a la que queremos dedicar unas líneas adicionales.

Panorama humano y cultural del Brasil actual, sí, pero también y muy principalmente presentación dinámica de dicha situación en la que las diversidades regionales se encuentran enriquecidas por la variación del paisaje cultural, pudiendo distinguirse dos regiones, en una de las cuales predomina la base cultural lusitana, en tanto la segunda se colora con rasgos alemanes, italianos, polacos y japoneses; estados del norte y del noreste a los que llegó la colonización extranjera y en donde predominan gentes morenas (noreste) o mongoloides (norte) y estados del sur en los que hay manifiesto predominio o alta proporción de gentes de ojos claros y cabellos rubios.

En el sur, en muy buena parte es imputable —según Diegues— a la inmigración el progreso de la industria cafetera (influencia italiana y española), el progreso industrial de Río Grande (con la introducción del artesanado en el que se origina), y el progreso demográfico de toda la zona en donde las "cuotas de permanencia" de los inmigrantes se calcula en un 50% según Willems, en un 60% según Nieva y en un 63% según Mortara, para el caso especial de los italianos. En dicha zona —una de las más interesantes desde el ángulo transculturativo— obran sobre el inmigrante el deseo de convertirse en propietario, ya sea en el trabajo de su propia tierra o de una empresa comercial o industrial de su propiedad; deseos que en razón de la menor abundancia de tierras meridionales y de una falta de "espíritu pionero o vanguardista" como el que animaba a los inmigrantes y colonizadores del XIX, se frustan produciendo a menudo la inadaptación y el retorno a la tierra de origen, más aún si se considera que la migración interna brasileña proporciona mano de obra asalariada a bajo costo

competidora del trabajo del inmigrante.

En la zona meridional, el intercrucamiento étnico se ve limitado frecuentemente por razones religiosas o laborales; son mayores las cifras de casamiento de extranjero con brasileño que de extranjeros entre sí o de brasileño con extranjera, y, en las uniones con extranjero predominan los casamientos con italianos y españoles, por razones de identidad religiosa principalmente. Los descendientes de tales matrimonios muestran en la realidad grandes posibilidades de ascenso social, económico y político.

El examen del proceso de relaciones étnicas y culturales entre las poblaciones brasileñas y las inmigrantes muestra que el mismo no es unilateral sino bi- e incluso plurilateral, permitiendo una verdadera permuta de elementos culturales entre grupos diversos "dentro del espíritu cristiano de tolerancia y de fraternidad que se arraigó en el brasileño como la más legítima de las herencias espirituales del portugués colonizador".

MENDIETA Y NUÑEZ, LUCIO: *Las Clases Sociales*. Prólogo de Pitirim A. Sorokin. 2ª Ed. Colección de Cuadernos de Sociología. Biblioteca de Ensayos Sociológicos. Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional de México, pp. 193.

La primera edición de esta obra se agotó rápidamente. En la segunda edición que acaba de publicar el Instituto de Investigaciones Sociales, el autor introduce algunas innovaciones que dan mayor extensión, profundidad y precisión al examen del tema, que ha merecido, al través de la primera edición, los comentarios elogiosos de Juan Roura

Parella, de A. Perpiña (de Madrid, España), de Roger Bastide (profesor francés en las universidades brasileñas), de Manuel Diéguez Junior (catedrático brasileño), de Pitirim A. Sorokin (uno de los más conocidos sociólogos contemporáneos, cuya crítica es justamente apreciada y temida en el mundillo sociológico) así como por otras muchas mentes esclarecidas del momento actual.

En el estudio de las clases, como en el de otros muchos hechos y fenómenos sociales, se tropieza con el problema inicial de su definición. La urgencia que hay de definir tales realidades y la dificultad que se enfrenta al pretender hacerlo, se ponen de relieve en cuanto se considera que las mismas nos imponen su existencia como evidente y que, no obstante, resultan tan elusivas que se nos escapan cuando tratamos de aprehenderlas, todo lo cual explica la serie de vaguedades en las que incurren sociólogos en cuanto tratan de brindar una definición —o, al menos, un concepto— de lo que tales fenómenos o hechos sociales sean. De ahí que, como concluye el autor a quien estudiamos, sea necesario hacer una revisión crítica de las nociones ofrecidas hasta ahora en algunas obras importantes acerca de las clases sociales.

Con el fin de hacer la revisión en forma ordenada, el autor clasifica las definiciones de clase social en cinco grupos, de acuerdo con el criterio que las informa; de esta manera lista, y a continuación analiza, las que se basan en criterios étnicos, aquellas que tienen su fundamento en la división laboral, las que se establecen teniendo en consideración criterios económicos, aquellas para las cuales los rasgos culturales como diferenciales son básicos y, finalmente, las que tienen en cuenta un complejo de rasgos caracterológicos de la clase social.